UC Santa Barbara

Journal of Transnational American Studies

Title

Polea Loca

Permalink

https://escholarship.org/uc/item/84t9588t

Journal

Journal of Transnational American Studies, 16(2)

Author

Quiroga, Horacio

Publication Date

2025-11-25

DOI

10.5070/T8.54377

Copyright Information

This work is made available under the terms of a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives License, available at https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

eScholarship.org Powered by the California Digital Library
University of California

Polea Loca

Horacio Quiroga

textos.info
Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 4972

Título: Polea Loca
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 24 de octubre de 2020
Fecha de modificación: 24 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Polea Loca

En una época en que yo tuve veleidades de ser empleado nacional, oí hablar de un hombre que durante los dos años que desempeñó un puesto público no contestó una sola nota.

—He aquí un hombre superior —me dije—. Merece que vaya a verlo.

Porque debo confesar que el proceder habitual y forzoso de contestar cuanta nota se recibe es uno de los inconvenientes más grandes que hallaba yo a mi aspiración. El delicado mecanismo de la administración nacional —nadie lo ignora— requiere que toda nota que se nos hace el honor de dirigir, sea fatal y pacientemente contestada. Una sola comunicación puesta de lado, la más insignificante de todas, trastorna hasta lo más hondo de sus dientes el engranaje de la máquina nacional. Desde las notas del presidente de la República a las de un oscuro cabo de policía, todas exigen respuesta en igual grado, todas encarnan igual nobleza administrativa, todas tienen igual austera trascendencia.

Es, pues, por esto que, convencido y orgulloso, como buen ciudadano, de la importancia de esas funciones, no me atrevía francamente a jurar que todas las notas que yo recibiera serían contestadas. Y he aquí que me aseguraban que un hombre, vivo aún, había permanecido dos años en la Administración Nacional, sin contestar —ni enviar, desde luego— ninguna nota…

Fui, por consiguiente, a verlo, en el fondo de la república. Era un hombre de edad avanzada, español, de mucha cultura, pues esta intelectualidad inesperada al pie de un quebracho, en una fogata de siringal o en un aduar del Sahara, es una de las tantas sorpresas del trópico.

Mi hombre se echó a reír de mi juvenil admiración cuando le conté lo que me llevaba a verlo. Me dijo que no era cierto, por lo menos el lapso transcurrido sin contestar una sola nota. Que había sido encargado escolar en una colonia nacional, y que, en efecto, había dejado pasar algo más de

un año sin acusar recibo de nota alguna. Pero que eso tenía en el fondo poca importancia, habiendo notado por lo demás…

Aquí mi hombre se detuvo un instante, y se echó a reír de nuevo.

—¿Quiere usted que le cuente algo más sabroso que todo esto? —me dijo—. Verá usted un modelo de funcionario público… ¿Sabe usted qué tiempo dejó pasar ese tal sin dignarse echar una ojeada a lo que recibía? Dos años y algo más. ¿Y sabe usted qué puesto desempeñaba? Gobernador… Abra usted ahora la boca.

En efecto, lo merecía. Para un tímido novio —digámoslo así— de la Administración Nacional, nada podía abrirme más los ojos sobre la virtud de mi futura que las hazañas de aquel Don Juan administrativo… Le pedí que me contara todo, si lo sabía, y a escape.

—¿Si lo sé? —me respondió—. ¿Si conozco bien a mi funcionario? Como que yo fui el gobernador que le sucedió… Pero, óigame más bien desde el principio. Era en… En fin, suponga usted que el ochenta y tantos. Yo acababa de regresar a España, mal curado aún de unas fiebres cogidas en el golfo de Guinea. Había hecho un crucero de cinco años, abasteciendo a las factorías españolas de la costa. El último año lo pasé en Elobey Chico… ¿Usted sabe su geografía, sí?

—Sí, toda; continúe.

—Bien. Sabrá usted entonces que no hay país más malsano en el mundo entero, así como suena, que la región del delta del Níger. Hasta ahora, no hay mortal nacido en este planeta que pueda decir, después de haber cruzado frente a las bocas del Níger: «No tuve fiebre…»

Comenzaba, pues, a restablecerme en España, cuando un amigo, muy allegado al Ministerio de Ultramar, me propuso la gobernación de una de las cuatrocientas y tantas islas que pueblan las Filipinas. Yo era, según él, el hombre indicado, por mi larga actuación entre negros y negritos.

—Pero no entre malayos —respondí a mi protector—. Entiendo que es bastante distinto…

—No crea usted: es la misma cosa —me aseguró—. Cuando el hombre baja más de dos o tres grados en su color, todos son lo mismo… En

definitiva: ¿le conviene a usted? Tengo facultades para hacerle dar el destino enseguida.

Consulté un largo rato con mi conciencia, y más profundamente con mi hígado. Ambos se atrevían, y acepté.

—Muy bien —me dijo entonces mi padrino—. Ahora que es usted de los nuestros, tengo que ponerlo en conocimiento de algunos detalles. ¿Conoce usted, siquiera de nombre, al actual gobernador de su isla, Félix Pérez Zúñiga?

—No; fuera del escritor… —le dije.

—Ése no es Félix —me objetó—. Pero casi, casi valen tanto el uno como el otro… Y no lo digo por mal. Pues bien: desde hace dos años no se sabe lo que pasa allá. Se han enviado millones de notas, y crea usted que las últimas son capaces de ponerle los pelos de punta al funcionario peor nacido… Y nada, como si tal cosa. Usted llevará, juntamente con su nombramiento, la destitución del personaje. ¿Le conviene siempre?

Ciertamente, me convenía… a menos que el fantástico gobernador fuera de genio tan vivo cuan grande era su llaneza en eso de las notas.

—No tal —me respondió—. Según informes, es todo lo contrario… Creo que se entenderá usted con él a maravillas.

No había, pues, nada que decir. Di aún un poco de solaz a mi hígado, y un buen día marché a Filipinas. Eso sí, llegué en un mal día, con un colazo de tifón en el estómago y el malhumor del gobernador general sobre mi cabeza. A lo que parece, se había prescindido bastante de él en ese asunto. Logré, sin embargo, conciliarme su buena voluntad y me dirigí a mi isla, tan a trasmano de toda ruta marítima que si no era ella el fin del mundo era evidentemente la tumba de toda comunicación civilizada.

Y abrevio, pues noto que usted se fatiga… ¿No? Pues adelante… ¿En qué estábamos? ¡Ah! En cuanto desembarqué di con mi hombre. Nunca sufrí desengaño igual. En vez del tipo macizo, atrabiliario y gruñón que me había figurado a pesar de los informes, tropecé con un muchacho joven de ojos azules, grandes ojos de pájaro alegre y confiado. Era alto y delgado, muy calvo para su edad, y el pelo que le restaba —abundante a los costados y tras la cabeza— era oscuro y muy ondeado. Tenía la frente y la

calva muy lustrosas. La voz muy clara, y hablaba sin apresurarse, con largas entonaciones de hombre que no tiene prisa y goza exponiendo y recibiendo ideas.

Total: un buen muchacho, inteligente sin duda, muy expansivo y cordial y con aire de atreverse a ser feliz dondequiera que se hallase.

—Pase usted, siéntese —me dijo—. Esté todo lo a gusto que quiera. ¿No desea tomar nada? ¿No, nada? ¿Ni aun chocolate…? El que tengo es detestable, pero vale la pena probarlo… Oiga su historia: el otro día un buque costero llegó hasta aquí, y me trajo diez libras de cacao… lo mejor de lo mejor entre los cacaos. Encargué de la faena a un indígena inteligentísimo en la manufactura del chocolate. Ya lo conocerá usted. Se tostó el cacao, se molió, se le incorporó el azúcar —también de primera—, todo a mi vista y con extremas precauciones. ¿Sabe usted lo que resultó? Una cosa imposible. ¿Quiere usted probarlo? Vale la pena… Después me escribirá usted desde España cómo se hace eso… ¡Ah, no vuelve usted…! ¿Se queda, sí? ¿Y será usted el nuevo gobernador, sin duda…? Mis felicitaciones…

¿Cómo aquel feliz pájaro podía ser el malhechor administrativo a quien iba a reemplazar?

—Sí —continuó él—. Hace ya veintidós meses que no debía ser yo gobernador. Y no era difícil adivinarle a usted. Fue cuando adquirí el conocimiento pleno de que jamás podría yo llegar a contestar una nota en adelante. ¿Por qué? Es sumamente complicado esto… Más tarde le diré algo, si quiere… Y entretanto, le haré entrega de todo, cuando usted lo desee… ¿Ya…? Pues comencemos.

Y comenzamos, en efecto. Primero que todo, quise enterarme de la correspondencia oficial recibida, puesto que yo debía estar bien informado de la remitida.

—¿Las notas dice usted? Con mucho gusto. Aquí están.

Y fue a poner la mano sobre un gran barril abierto, en un rincón del despacho.

Francamente, aunque esperaba mucho de aquel funcionario, no creí nunca hallar pliegos con membrete real amontonados en el fondo de un

barril…

—Aquí está —repitió siempre con la mano en el borde, y mirándome con la misma plácida sonrisa.

Me acerqué, pues, y miré. Todo el barril, y era inmenso, estaba efectivamente lleno de notas; pero todas sin abrir. ¿Creerá usted? Todas tenían su respectivo sobre intacto, hacinadas como diarios viejos con faja aún. Y el hombre tan tranquilo. No sólo no había contestado una sola comunicación, lo que ya sabía yo; pero ni aun había tenido a bien leerlas…

No pude menos de mirarlo un momento. Él hizo lo mismo, con una sonrisa de criatura cogida en un desliz, pero del que tal vez se enorgullece. Al fin se echó a reír y me cogió de un brazo.

—Escúcheme —me dijo—. Sentémonos, y hablaremos. ¡Es tan agradable hallar una sorpresa como la suya, después de dos años de aislamiento! ¡Esas notas…! ¿Quiere usted, francamente, conservar por el resto de su vida la conciencia tranquila y menos congestionado su hígado?, se le ve en la cara enseguida… ¿Sí? Pues no conteste usted jamás una nota. Ni una sola siquiera. No cree, es claro… ¡Es tan fuerte el prejuicio, señor mío! ¿Y sabe usted de qué proviene? Proviene sencillamente de creer, como en la Biblia, que la administración de una nación es una máquina con engranajes, poleas y correas, todo tan íntimamente ligado, que la detención o el simple tropiezo de una minúscula rueda dentada es capaz de detener todo el maravilloso mecanismo. ¡Error, profundo error! Entre la augusta mano que firma *Yo* y la de un carabinero que debe poner todos sus ínfimos títulos para que se sepa que existe, hay una porción de manos que podrían abandonar sus barras sin que por ello el buque pierda el rumbo. La maquinaria es maravillosa, y cada hombre es una rueda dentada, en efecto. Pero las tres cuartas partes de ellas son poleas locas, ni más ni menos. Giran también, y parecen solidarias del gran juego administrativo; pero en verdad dan vueltas en el aire, y podrían detenerse algunas centenas de ellas sin trastorno alguno. No, créame usted a mí, que he estudiado el asunto todo el tiempo libre que me dejaba la digestión de mi chocolate… No hay tal engranaje continuo y solidario desde el carabinero a su majestad el rey. Es ello una de las tantas cosas que en el fondo solemos y simulamos ignorar… ¿No? Pues aquí tiene usted un caso flagrante… Usted ha visto la isla, la cara de sus habitantes, bastantes más gordos que yo; ha visto al señor gobernador general; ha atravesado el mundo, y viene de España. Ahora bien: ¿Ha visto usted señales de

trastorno en parte alguna? ¿Ha notado usted algún balanceo peligroso en la nave del Estado? ¿Cree usted sinceramente que la marcha de la Administración Nacional se ha entorpecido, en la cantidad de un pelo entre dos dientes de engranaje, porque yo haya tenido a bien, sistemáticamente, no abrir nota alguna? Me destituyen, y usted me reemplaza, y aprenderá a hacer buen chocolate… Esto es el trastorno… ¿No cree usted?

Y el hombre, siempre con la rodilla entre las manos, me miraba con sus azules ojos de pájaro complaciente, muy satisfecho, al parecer, de que a él lo destituyeran y de que yo lo reemplazara.

—Precisa que yo le diga a usted, ahora que conoce mi propia historia de cuando fui encargado escolar, que aquel diablo de muchacho tenía una seducción de todos los demonios. No sé si era lo que se llama un hombre equilibrado; pero su filosofía pagana, sin pizca de acritud, tentaba fabulosamente, y no pasó rato sin que simpatizáramos del todo.

Procedía, sin embargo, no dejarme embriagar.

—Es menester —le dije formalizándome un tanto— que yo abra esa correspondencia.

Pero mi muchacho me detuvo del brazo, mirándome atónito:

—¿Pero está usted loco? —exclamó—. ¿Sabe usted lo que va a encontrar allí? ¡No sea criatura, por Dios! Queme todo eso, con barril y todo, y láncelo a la playa…

Sacudí la cabeza y metí la mano en el baúl. Mi hombre se encogió entonces de hombros y se echó de nuevo en su sillón, con la rodilla muy alta entre las manos. Me miraba hacer de reojo, moviendo la cabeza y sonriendo al final de cada comunicación.

¿Usted supone, no, lo que dirían las últimas notas, dirigidas a un empleado que desde hacía dos años se libraba muy bien de contestar a una sola? Eran simplemente cosas para hacer ruborizar, aun en un cuarto oscuro, al funcionario de menos vergüenza… Y yo debía cargar con todo eso, y contestar una por una a todas.

—¡Ya se lo había yo prevenido! —me decía mi muchacho con voz compasiva—. Va usted a sudar mucho más cuando deba contestar… Siga

mi consejo, que aún es tiempo: haga un judas con barril y notas, y se sentirá feliz.

¡Estaba bien divertido! Y mientras yo continuaba leyendo, mi hombre, con su calva luciente, su aureola de pelo rizado y su guardapolvo de brin de hilo, proseguía balanceándose, muy satisfecho de la norma a que había logrado ajustar su vida.

Yo transpiraba copiosamente, pues cada nueva nota era una nueva bofetada, y concluí por sentir debilidad.

—¡Ah, ah! —se levantó—. ¿Se halla cansado ya? ¿Desea tomar algo? ¿Quiere probar mi chocolate? Vale la pena, ya le dije…

Y a pesar de mi gesto desabrido, pidió el chocolate y lo probé. En efecto, era detestable; pero el hombre quedó muy contento.

—¿Vio usted? No se puede tomar. ¿A qué atribuir esto? No descansaré hasta saberlo… Me alegro de que no haya podido tomarlo, pues así cenaremos temprano. Yo lo hago siempre con luz de día aún… Muy bien; comeremos de aquí a una hora, y mañana proseguiremos con las notas y demás…

Yo estaba cansado, bien cansado. Me di un hermosísimo baño, pues mi joven amigo tenía una instalación portentosa de confort en esto. Cenamos, y un rato después mi huésped me acompañó hasta mi cuarto.

—Veo que es usted hombre precavido —me dijo al verme retirar un mosquitero de la maleta—. Sin este chisme, no podría usted dormir. Solamente yo no lo uso aquí.

—¿No le pican los mosquitos? —le pregunté, extrañado a medias solamente.

—¿Usted cree? —me respondió riendo y llevándose la mano a su calva frente—. Muchísimo… Pero no puedo soportar eso… ¿No ha oído hablar usted de personas que se ahogan dentro de mosquiteros? Es una tontería, si usted quiere, una neurosis inocente, pero se sufre en realidad. Venga usted a ver mi mosquitero.

Fuimos hasta su cuarto o, mejor dicho, hasta la puerta de su cuarto. Mi amigo levantó la lámpara hasta los ojos, y miré. Pues bien: toda la altura y

la anchura de la puerta estaba cerrada por una verdadera red de telarañas, una selva inextricable de telarañas donde no cabía la cabeza de un fósforo sin hacer temblar todo el telón. Y tan lleno de polvo, que parecía un muro. Por lo que pude comprender, más que ver, la red se internaba en el cuarto, sabe Dios hasta dónde.

—¿Y usted duerme aquí? —le pregunté mirándolo un largo momento.

—Sí —me respondió con infantil orgullo—. Jamás entra un mosquito. Ni ha entrado ni creo que entre jamás.

—Pero usted ¿por dónde entra? —le pregunté muy preocupado.

—¿Yo, por dónde entro? —respondió. Y agachándose, me señaló con la punta del dedo—: Por aquí. Haciéndolo con cuidado, y en cuatro patas, la cosa no tiene mayor dificultad… Ni mosquitos ni murciélagos… ¿Polvo? No creo que pase; aquí tiene la prueba… Adentro está muy despejado… y limpio, crea usted. ¿Ahogarme?… No, lo que ahoga es lo artificial, el mosquitero a cincuenta centímetros de la boca… ¿Se ahoga usted dentro de una habitación cerrada por el frío? Y hay —concluyó con la mirada soñadora— una especie de descanso primitivo en este sueño defendido por millones de arañas que velan celosamente la quietud de uno… ¿No lo cree usted así? No me mire con esos ojos… ¡Buenas noches, señor gobernador! —concluyó riendo y sacudiéndose ambas manos.

A la mañana siguiente, muy temprano, pues éramos uno y otro muy madrugadores, proseguimos nuestra tarea. En verdad, no faltaba sino recibirme de los libros de cuentas, fuera de insignificancias de menor cuantía.

—¡Es cierto! —me respondió—. Existen también los libros de cuentas… Hay, creo yo, mucho que pensar sobre eso… Pero lo haré después, con tiempo. En un instante lo arreglaremos. ¡Urquijo! Hágame el favor de traer los libros de cuentas. Verá usted que en un momento… No hay nada anotado, como usted comprenderá; pero en un instante… Bien, Urquijo; siéntese usted ahí; vamos a poner los libros en forma. Comience usted.

El secretario, a quien había entrevisto apenas la tarde anterior, era un sujeto de edad, muy bajo y muy flaco, huraño, silencioso y de mirar desconfiado. Tenía la cara rojiza y lustrosa, dando la sensación de que no se lavaba nunca. Simple apariencia, desde luego, pues su vieja ropa negra

no tenía una sola mancha. Su cuello de celuloide era tan grande, que dentro de él cabían dos pescuezos como el suyo. Tipo reconcentrado y de mirar desconfiado como nadie.

Y comenzó el arreglo de cuentas más original que haya visto en mi vida. Mi amigo se sentó enfrente del secretario y no apartó un instante la vista de los libros mientras duró la operación. El secretario recorría recibos, facturas y operaba en voz alta:

—Veinticinco meses de sueldos al guardafaro, a tanto por mes, es tanto y tanto…

Y multiplicaba al margen de un papel.

Su jefe seguía los números en línea quebrada, sin pestañear. Hasta que, por fin, extendió el brazo:

—No, no, Urquijo… Eso no me gusta. Ponga: un mes de sueldo al guardafaro, a tanto por mes, es tanto y tanto. Segundo mes de sueldo al guardafaro, a tanto por mes, es tanto y tanto; tercer mes de sueldo… Siga así, y sume. Así entiendo claro.

Y volviéndose a mí:

—Hay yo no sé qué cosa de brujería y sofisma en las matemáticas, que me da escalofríos… ¿Creerá usted que jamás he llegado a comprender la multiplicación? Me pierdo enseguida… Me resultan diabólicos esos números sin ton ni son que se van disparando todos hacia la izquierda… Sume, Urquijo.

El secretario, serio y sin levantar los ojos, como si fuera aquello muy natural, sumaba en voz alta, y mi amigo golpeaba entonces ambas manos sobre la mesa:

—Ahora sí —decía—; esto es bien claro.

Pero a una nueva partida de gastos, el secretario se olvidaba, y recomenzaba:

—Veinticinco meses de provisión de leña, a tanto por mes, es tanto y tanto…

—¡No, no! ¡Por favor, Urquijo! Ponga: un mes de provisión de leña, a tanto por mes, es tanto y tanto…; segundo mes de provisión de leña…, etcétera. Sume después.

Y así continuó el arreglo de libros, ambos con demoniaca paciencia, el secretario, olvidándose siempre y empeñado en multiplicar al margen del papel y su jefe deteniéndolo con la mano para ir a una cuenta clara y sobre todo honesta.

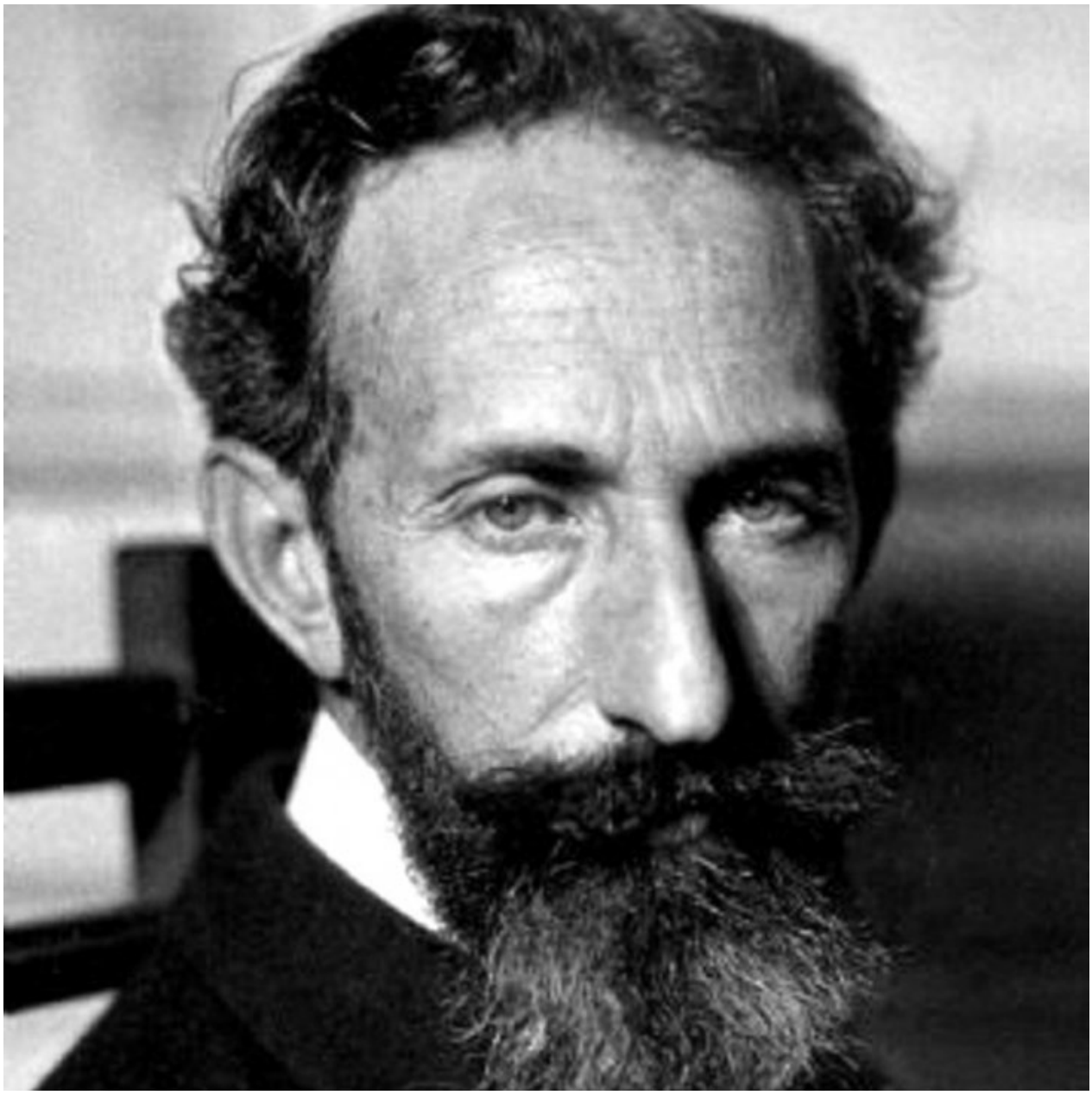
—Aquí tiene usted sus libros en forma —me dijo mi hombre al final de cuatro largas horas, pero sonriendo siempre con sus grandes ojos de pájaro inocente.

Nada más me queda por decirle. Permanecí nueve meses escasos allá, pues mi hígado me llevó otra vez a España. Más tarde, mucho después, vine aquí, como contador de una empresa… El resto ya lo sabe. En cuanto a aquel singular muchacho, nunca he vuelto a saber nada de él… Supongo que habrá solucionado al fin el misterio de por qué su chocolate, hecho con elementos de primera, había salido tan malo…

Y en cuanto a la influencia del personaje… ya sabe mi actuación de encargado escolar… Jamás, entre paréntesis, marcharon mejor los asuntos de la escuela… Créame: las tres cuartas partes de las ideas del peregrino mozo son ciertas… Incluso las matemáticas…

Yo agrego ahora: las matemáticas, no sé; pero en el resto —Dios me perdone— le sobraba razón. Así, al parecer, lo comprendió también la Administración, rehusando admitirme en el manejo de su delicado mecanismo.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)